

DON BENITO PEREZ GALDOS JAMAS OLVIDO SU TIERRA NATAL

Ambrosio Hurtado de Mendoza

Por una circunstancia de tipo familiar, creo que estoy en condiciones de poder dar fe del afecto que don Benito Pérez Galdós tuvo, hasta su muerte, a su tierra natal.

Mi padre, José Hermenegildo Hurtado de Mendoza y Pérez Galdós, era hijo de doña Carmen Pérez Galdós, hermana de don Benito, casada con don José María Hurtado de Mendoza, y mi padre casó en Madrid con mi madre, Elisa Sáenz Redondo, de cuyo matrimonio nacieron tres varones y una hembra, todos madrileños.

Recuerdo que mi madre iba casi todas las tardes a casa de don Benito, que vivía por entonces en la calle Hilarión Eslava, sobre todo en los años en que mi padre, con los dos hermanos varones mayores, se encontraba en Canarias, o sea por 1911 ó 1912. Don Benito vivía en unión de una o dos hermanas. Esto no logré grabarlo bien en mi memoria de cinco años. Al que sí recuerdo muy bien era a mi tío Pepe (José María Hurtado de Mendoza y Pérez Galdós), que había consagrado su vida a atender la de don Benito Pérez Galdós y que desde que terminó el Bachillerato se trasladó a Madrid a estudiar ingeniero agrónomo, lo que hizo, en efecto, y más tarde llegó a ser profesor de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, hasta que murió. Era alto y un isleño que, pese a su larga y total existencia en Madrid, no había perdido ninguna de las notas características del isleño auténtico. Hablaba como un isleño y reaccionaba en todo en la misma forma. En las vacaciones de verano casi siempre me llevaba a pasear al Retiro. Me compraba unos hermosos globos que vendían unos hombres y que iban sujetos por unos hilos, por los que los cogíamos los chicos y nos deleitábamos viéndolos evolucionar en el espacio, y cuando se escapaban ascendían hacia el cielo hasta perderse, con el desconsuelo y lágrimas de sus poseedores, cuyos familia-

res tenían que consolarlos llamando a uno de sus vendedores y comprándoles el oportuno sustituto.

Tío Pepe todas las mañanas me compraba varios y nos íbamos a sentar a un banco cualquiera. Yo lo pasaba estupendo viendo evolucionar mis globos, contrarrestando su leve tendencia a ascender en el hermoso espacio de las soleadas mañanas del Retiro. Pero muchas veces me sorprendió que al distraerme por cualquier cosa y volver la cabeza, de pronto sentía que uno de mis globos estallaba y descendía a tierra de una manera triste y hasta vergonzosa, pues toda su vistosidad quedaba reducida a un manojito de arrugada y sutil película de caucho. Mi tío Pepe, al observar mi cara de verdadero asombro por el inesperado fin de mi globo, estallaba en risotadas. Yo, la verdad, no me explicaba el porqué de aquellas risotadas y creía, sinceramente, que mi dolor por lo sucedido bien merecía alguna otra consideración; pero mi tío la única que me daba eran sus sonoras carcajadas, tanto más irritantes al verlas brotar de aquel corpachón de verdadero gigante o dromedario.

A mí, maldita la gracia que me hacían en aquella ocasión las risotadas de tío Pepe; pero a él, por el contrario, la cara de asombro que yo debía poner al volver de mi momentánea distracción y encontrarme con la súbita muerte de uno de mis globos, era motivo para que se desternillase de risa hasta llamar la atención de otras personas de las inmediaciones en donde se había desarrollado el suceso.

Pero como todo tiene su fin en la vida, una buena mañana pude comprobar por qué morían mis globos cuando más graciosos y saltarines estaban momentos antes: tío Pepe aprovechaba mi distracción infantil y entonces sacaba un alfiler de cabeza negra y, ¡paf!, se lo clavaba al gracioso globo, que en el acto pasaba a mejor vida ante mis ojos asombrados y la enorme cara de tonto que supongo que debía poner, y que era la espita para que las risotadas de tío Pepe se dispararan sin control posible. Yo, ciertamente, me quedé con dos palmos de narices, pues entre todas mis infantiles suposiciones sobre las causas posibles o remotas de la muerte súbita de mis globos, jamás pude sospechar que fuera debido a los hábiles alfilerazos de tío Pepe, todo un gigante, al que no podía suponer que tanta gracia le hiciera una actividad mortífera de aquel género. Pero así era y así lo pude comprobar a mis cinco años de edad en una hermosa mañana soleada cualquiera de un día de verano en el madrileño Retiro.

Cuando llegué a mi casa y le conté lo ocurrido a mi madre, toda indignada, exclamó:

— ¡Tenía que ser una *gracia* de ese estúpido *solterón* de tu tío Pepe!

En el seno de la casa de don Benito se vivía en contacto diario con Las Palmas y, en general, con las cosas isleñas. El desfile de canarios por casa de don Benito era constante, tanto de estudiantes que residían en Madrid, por razones

de sus estudios, como de los isleños que allí lo hacían con carácter de vecinos fijos de la Villa y Corte. No faltaban nunca canarios en la tertulia de la casa de don Benito, algunos de su íntima amistad, como don Rafael Mesa y López, gran periodista, magnífico escritor, elegante traductor del francés y bohemio sin límites comensurables, con quien don Benito pasaba grandes ratos entretenido oyéndole contar las aventuras que había vivido o las que había inventado y que daba por vividas, y que acaso fueran incluso más interesantes que las verdaderamente reales; don Luis Doreste Silva, don José Lara, don José Betancor Cabrera (*Angel Guerra*)...

De Las Palmas le enviaban todos aquellos productos de la cocina canaria que entonces podían desplazarse a Madrid, con los medios de transporte utilizables, sin llegar hechos una porquería, dentro de cajas de galletas herméticamente selladas. En la despensa de la casa de don Benito no faltaban nunca las rapaduras isleñas en sus variedades de huevo, azúcar, café o achocolatadas; el gofio de millo, los bizcochos lustrados de Tamaraceite, los higos pasados herreños, el millo molido en forma adecuada para preparar el *frangollo*, morcillas viejas, secas; almendras de Santa Lucía de Tirajana, para preparar toda la gama de dulces canarios a base de ellas; los quesos *curados* y picones como papel de lija, carne de cerdo salada, etc., etc.

Las hermanas de don Benito, me decía mi madre, sobre todo *mamá* Carmen, o sea mi abuela paterna, a base de estos ingredientes puramente isleños preparaban platos y postres típicos de la cocina isleña, que don Benito comía con sumo gusto.

La primera vez que mi madre se tropezó con la morcilla canaria frita, para ser servida con arroz blanco y salsa de tomate, se quedó asombrada y no pudo evitar que lanzara una agresiva pregunta:

—¿Qué clase de *chorizos negros* son éstos?

Pero su agresiva pregunta debió incluso ir acompañada de un irreprimible gesto de repulsa, porque don Benito, inmediatamente, complaciente y bondadoso, le aclaró:

—No, Elisita, no dejes de comer estas morcillas de mi tierra, porque verás que son riquísimas y no te arrepentirás de haberlas comido...

Creo que más que nada por mero cumplimiento, mi madre accedió a embaularse un trozo de *chorizo negro*; pero su sorpresa debió ser muy grande, porque, en efecto, como le había ponderado con tanto entusiasmo don Benito, se trataba de algo estupendo, y que luego, hasta su muerte, en Las Palmas, comió con verdadera predilección, y creo que a lo largo de su dilatada vida se arrepentiría muchas veces de su desabrida reacción en la mesa de la casa de don Benito, en Madrid, cuando por primera vez se tropezó con aquellos *chorizos negros*, que para ella debía ser el calificativo que más adecuadamente en aquel momento expresaba toda su repugnancia o asco.

Otro motivo de sobresalto de mi madre fue cuando en la mesa de don Benito vio aparecer un plato o, mejor, una fuente de *puchero canario*. Mi madre, como

buena madrileña de pura cepa, no podía concebir que se pretendiera emular a su sacrosanto cocido madrileño con su oponente, al menos en la mesa de don Benito, el *puchero canario*, sobre todo teniendo en cuenta las dos formas diametralmente opuestas de la confección del uno y del otro. Pero también en esta oportunidad don Benito salió en defensa del *puchero canario* y le hizo ver a mi madre sus excelencias y magníficas cualidades, y nuevamente mi madre le metió el diente al plato ponderado por don Benito y... se convirtió en su devota de allí en adelante.

Cuando una tarde se sirvió en casa de don Benito la merienda a base de leche caliente y gofio, a mi madre no se le ocurrió otra cosa que tirar de cuchara y pretender coger el gofio que flotaba en la superficie humeante del tazón de leche y tragárselo; pero don Benito, advirtiendo su inexperiencia y las graves consecuencias que de ella podía recoger, le advirtió que de esa forma no se podía comer el gofio con leche, porque antes había que cogerlo, ponerlo en la concavidad de la cuchara, darle a ésta un «geito» para que el gofio se empapara de leche, y cuando lo estuviera, entonces era el momento de meterlo en la boca y tragarlo, pues si no se hacía así, se *añuzgaría* y lo pasaría muy mal. En efecto, don Benito hizo la demostración práctica ante mi madre y ésta se quedó *gilán-dose* su tazón de humeante leche con gofio como una isleña más.

También la experiencia isleña de don Benito enseñó a mi madre a racionar la forma de consumir el delicioso *frangollo*, el cual se toma con leche caliente, fría, miel o incluso hasta con mermelada; pero ¡cuidado! Es un plato canario isleño delicioso, que se deja colar sin darse cuenta, y ahí está lo malo, porque es muy fuerte y cualquier exceso puede motivar un verdadero caos intestinal, con toda su secuela de circunstancias que, por conocidas y alguna vez padecidas, no creo necesario detallar, ya que también se acompaña de gran *aparato inarmónico orquestal* por dicha sea la parte, «y no digo más, Sancho, hijo»..., pues ya me entiendes.

Don Benito tenía una verdadera afición a toda la *dulcería canaria* y en casa siempre se encontraba confeccionado alguno de ellos: dulce de cabello de ángel, *bienmesabes*, truchas con toda la variante de rellenos, terribles «crocantes» a base de almendras y azúcar quemada, brazos de gitano, huesos de santo, pasteles de hojaldre rellenos de dulce de cabello de ángel, licor de guindas, quesos de almendras, huevos *moles*, etc., etc.

Mi madre aprendió a comer en canario en pleno Madrid, en casa de don Benito. Y no solamente esto, sino que también aprendió a confeccionar platos canarios con las hermanas de don Benito, sobre todo con su suegra, *mamá* Carmen, todo lo cual le fue de inmensa utilidad, pues cuando en 1912 tuvimos que saltar nada menos que desde Madrid a la entonces solitaria y lejana Aldea de San Nicolás, mi madre, por la fuerza de las circunstancias, se defendió muy bien con los conocimientos culinarios canarios que había adquirido en casa de don Benito en Madrid. Y digo esto porque a poco de llegar mi padre a la Aldea de San Nicolás con el propósito de enderezar aquella inmensa comunidad agrícola, en la que la

familia Hurtado de Mendoza tenía una mayoría de partes, estalló la guerra de 1914-18, y entonces mi familia se quedó en la Aldea «compuesta y sin novia», y en razón de la penuria reinante había que comer básicamente echando mano de los productos de la tierra, y fue entonces cuando mi madre se las arreglaba con sus conocimientos madrileños de la cocina canaria para, a base de papas, verduras y algunas gotas de aceite o trozo de tocino, confeccionar toda la gama infinita de *potajes* isleños, que, con muchas ganas de comer y un poco de «mañana será otro día», se pudo ir pasando aquel bache.

Otro hecho curioso es que la casa de don Benito, en pleno Madrid, fue en su intimidad una especie de lo que hoy se llama «cabeza de puente» del isleñismo incorruptible, que no permitió, de puertas adentro, que fuera desleído por el corrosivo medio ambiente madrileño. En casa de don Benito, tío Pepe y las tías, entre ellas mamá *Carmen*, que es de la que más vagamente recuerdo algunas difuminadas líneas, seguían hablando en puro isleño. Don Gregorio Marañón, que era diaria visita por la gran amistad que su padre había tenido con don Benito, se las veía y deseaba cuando se encontraba, de buenas a primeras, con uno de estos términos del hablar canario, que él, pese a su talento, tenía muchas veces que correr a apuntar en su libro de notas.

Mi madre se echó las manos a la cabeza cuando una tarde tío Pepe le dijo que una de las hermanas que siempre estaba con sus achaques, la noche anterior casi se va para las chacaritas porque le dio un *insulto* muy fuerte. *¿Porque le dio un insulto muy fuerte?* Mi madre se quedó lela...

Otra vez que mi tío Ambrosio se había desplazado desde esta ciudad a Madrid, en pleno invierno, acompañado de un edecán suyo en el terreno político, que era más bruto que un arado, pero de una lealtad a prueba de bomba; al llegar a casa de don Benito, mi tío Pepe le advirtió:

—Ambrosio, tienes que comprarle inmediatamente a Agustín un *saco*.

¿Un *saco*, un *saco*? Mi madre se restregaba los ojos tratando de colegir la relación lógica que podía tener un *saco* como medio de combatir el intenso frío que bajaba del Guadarrama e invadía Madrid por sus cuatro costados.

Otra vez tío Pepe dijo delante de mi madre y refiriéndose a la nube de impertinentes que pretendían perturbar el trabajo de don Benito con sus mil impertinencias:

—¡Ya le he dicho a don Benito que no se *agite* con esa turba de impertinentes, pues yo me encargaré de *correrlos*!...

Pero fue don Gregorio el que se llevó un sofocón mayor cuando una tarde, en la tertulia de don Benito, a la que asistía, le oyó decir a tío Pepe:

—¡Un *mauro de mi país* se *jinca* una *cesta pedrera* de higos *picos* y no se *tupe*!

Esta sí que fue buena, pues me supongo que don Gregorio, al llegar a su casa, se quemaría la vista recorriendo toda la colección de sus diccionarios de la

Lengua, sin poder descifrar ni uno de todos los endiablados conceptos o expresiones lanzadas por tío Pepe, con su hablar y parsimonia de hombre cabrero de la isla.

También mi madre sacó muy buen provecho de todo este hablar isleño en casa de don Benito, cuando se encontró clavada, desde Madrid, en la Aldea de San Nicolás de 1914. Y cuando un día oyó decir a una peona que Mateito, el gañán, no podía venir a ordeñar las vacas, porque anoche, a causa de unos higos bichados, estuvo a punto de *irse toito por el palo*, no se le subieron los humos a la cabeza, ni tampoco cuando le advirtieron que Luisita no podía venir a tender la ropa lavada el día anterior, porque se le acababa de mudar de sitio la *madre*, y estaba metida en un puro suspiro.

El poeta Tomás Morales frecuentaba, como canario, la casa de don Benito, y como tenía amistad con el pintor don Eladio Moreno Durán, que en 12 de abril de 1917 fue nombrado catedrático de la Escuela de Comercio de Las Palmas, también don Eladio visitaba y acudía a la tertulia de los canarios en la casa de don Benito, y por ello, cuando fue nombrado para el cargo anterior, que ejerció en nuestra capital, hasta su muerte, visitó a don Benito para decirle que se disponía a venir, por tal motivo, a Las Palmas, lo que le contentaba mucho, pues por las cosas que le habían dicho sus amigos canarios, amigos a su vez y como es lógico de Tomás Morales, el cantor del Atlántico, ardía en deseos de conocer Canarias.

Cuando terminó el curso, don Eladio Moreno regresó a Madrid, e inmediatamente fue a visitar a don Benito para comunicarle la buena impresión que le habían producido su tierra natal y sus paisanos; pero entonces don Benito le sometió a un inquisitorial interrogatorio indagando sobre el estado de personas, lugares, ambientes, particularidades, etc., de Las Palmas.

Me contaba don Eladio Moreno que pasó unos momentos de verdadera angustia, pues no podía responder a don Benito con verdadero conocimiento de causa y sólo lo hacía a base de generalidades. Los días que pasó de vacaciones en Madrid, se le hicieron siglos, pues se había prometido que en cuanto que regresara a Las Palmas iría punto por punto comprobando sobre el terreno todas aquellas particularidades por las que don Benito le había preguntado con tanta seguridad y frescura de memoria. En efecto, llegó a Las Palmas, y apenas dejadas las maletas en el hotel, o poco menos, casi, se lanzó por la ciudad a comprobar todos los extremos que don Benito le había ponderado con tanto interés y, ciertamente, pudo ver, observar e incluso tomar notas en su cuaderno de estupendo dibujante de las célebres persianas de tea tallada que se encontraban en la parte de la tienda de don Diego Perdomo, situada en la esquina de las calles de Peregrina y Malteses, las cuales tenían la particularidad de que no se abrían sobre bisagras, sino deslizándose hacia los lados sobre unos carriles, en la parte baja y alta, sobre los que corrían unas rueditas de hierro. Pudo comprobar los atractivos y típicos de muchas casas señoriales del viejo barrio de Vegueta, que aún con-

servaban muchas de las notas distintivas que habían sido observadas por don Benito, los interiores de muchas iglesias del mismo barrio, con sus clásicos altares, naves centrales, pilas de agua bendita, ventanales, cristaleras, etc. Por las calles, me decía don Eladio Moreno, que, en efecto, se tropezaba y advertía los mismos tipos tan bien recordados por don Benito, sus decires, sus modales, sus formas de vestir y hasta de cruzar de una acera a otra.

Hay que tener en cuenta que don Benito había nacido en 1843, y esto, como digo, ocurría en 1917, y pese a los años transcurridos, la enorme labor creadora de la mente de don Benito, las secuelas de su grave enfermedad vaso-circulatoria y el apabullamiento moral producido por su ceguera, entonces, sin embargo, aún en su mente se conservaba intacta la imagen de las características de su tierra natal. Esto era la prueba de que durante toda su vida la tuvo siempre presente en su mente, sin olvidarla ni un solo día, porque si así hubiera ocurrido, la anécdota ocurrida con don Eladio Moreno Durán no habría podido producirse en tales circunstancias asombrosas para su protagonista, que por sus propios ojos, como suele decirse, pudo comprobar toda la realidad de los hechos.

En casa de don Benito se almorzaba y cenaba, salvo raras y justificadas excepciones, a la hora canaria de la una de la tarde y siete de la noche, sin haberse dejado nunca contaminar, según me decía mi madre, por la ya entonces costumbre madrileña de hacerlo siempre sobre las dos de la tarde y diez de la noche. Recuerdo perfectamente ver a don Benito con las manos cruzadas detrás de la espalda, su aire de despistado y aspecto de gato friolero, con su inevitable medio puro delgado y largo en la boca, medio apagado, paseando pacientemente de un extremo a otro de la galería de la casa, mientras sus hermanas estaban rezando en una habitación, antes de cenar. Cuando terminaban de hacerlo, don Benito pasaba al comedor y salía de él sobre las ocho. Entonces se iba a su despacho, se sentaba en su butacón y allí permanecía un rato suficiente para consumir otro de sus puros, que, seguramente, eran por entonces tan largos y delgados para tratar de evitar las consecuencias de los gruesos y también largos que durante toda la vida había estado fumando sin parar, hasta el extremo de que tenía un cerco bien visible en el bigote, de los efectos de haberlos estado fumando constantemente, bien amarillo y destacado, cosa que me llamó mucho la atención y por esto he retenido bien este detalle. Sobre las nueve, más o menos, ya se iba a su alcoba a acostarse, y poco después ya estaba hecho un bendito.

La imagen de don Benito sentado en su sillón, como tuve oportunidad de contemplarlo en mis primeros años, luego tuve la oportunidad de reproducirla muchísimas veces al contemplar la estatua que le hizo el inmortal escultor Victorio Macho, y que durante muchos años estuvo emplazada en el espigón del viejo y romántico muelle de Las Palmas. Victorio Macho captó perfectamente al don Benito de entonces, y ahora me doy cuenta de que sentado en su butaca, con su aire resignado, con su manta sobre las rodillas, fumando monótonamente, iba

viendo pasar las horas de su vejez, acaso conversando con alguno de los cientos de personajes que su mente creó, pero ya sin ninguna ilusión por la vida, que poco le podía ofrecer de atractivo, máxime cuando las tinieblas imperaban en sus ojos, que tantos miles de cosas habían observado y luego reproducido en sus creaciones.

No daba, por tanto, la sensación de un *viejo problema*, sino la de un hombre resignado a su suerte final.

También recuerdo que una tarde en que fui con mi madre a ver a don Benito, la casa estaba invadida por una gran cantidad de visitantes y, sobre todo, la sala donde él se encontraba sentado en su butacón y rodeado de amigos por todas partes, todos los cuales debían fumar a porfía, porque en la habitación había una verdadera nube de humo y olor a tabaco que tiraba para atrás, menos a aquellos empedernidos fumadores. Yo no entendía de toda aquella algarabía en una casa donde la tranquilidad era la norma diaria; pero cuando mi madre, después de saludar a don Benito y a los amigos que le rodeaban, pasó al interior de la casa, donde estaban las hermanas del gran novelista, una de éstas, sin que pueda recordar nada de sus rasgos ni características personales, dijo, muy alborozada, a mi madre:

— ¡La operación ha sido un éxito! Hoy, le levantaron las vendas de los ojos a Benito, y ve muy bien, pues en la mesa hizo uso del tenedor y pinchó la carne perfectamente bien, sin necesidad de ayuda de ninguna clase.

Creo que todo esto se referiría a cuando el doctor Márquez operó a don Benito de cataratas, y aquel día que se celebraba tanto y de aquella manera, con la concurrencia de tantos amigos, periodistas, escritores, etc., sería por tal motivo, aunque también tengo idea de haber oído contar en casa que aquel éxito del doctor Márquez fue pasajero, pues posteriormente las cataratas o no sé si alguna otra dolencia concomitante con ellas volvió a hacer su aparición, y la ceguera fue progresando en los ojos de don Benito hasta dejarle definitivamente ciego.

Las Palmas, agosto 1973